



EL JUAN JOSE PLANS
CADAVER

Los relatos que componen «El Cadáver» ofrecen al lector un mundo de fantasía que, además, sirve a su autor para plantear problemas acuciantes de hoy.

EL CADÁVER

Juan José Plans

SALVAJE

Las membranas plegadas se separan repentinamente. Movimiento súbito que violenta las ventanas de la percepción. Los párpados no vuelven a besarse. Permanecen distanciados, sin un temblor. No bañan con las olas de los lacrimales las capas córneas.

No se eliminan las bacterias. Nada traspasa las humedades acuosas, ningún rayo se refracta en los lentes bicóncavos de los cristalinos. No se estremecen los humores vítreos. Los conos y bastoncillos de las retinas están insensibles. Alertas. Pero sin reacciones electroquímicas. Ningún impulso que transmitir a las fibras. Nada se difunde por los nervios ópticos.

No hay sensación de luz en el cerebro. Las pupilas están dilatadas al máximo. Pero no llueve luz.

Incertidumbre.

Los músculos de los ojos dirigen los órganos a los cuatro puntos cardinales. Con celeridad, repetidas veces, excitando los nervios motores y sensitivos.

Perplejidad.

Los billones de neuronas del cerebro se agitan inquietos. Porque un sonido desconocido ha penetrado por el conducto auditivo externo de la derecha. Una diezmilésima parte de segundo después, por el de la izquierda.

Las membranas de los tímpanos han comenzado a vibrar. El engranaje de los martillos, yunques y estribos, sorprendidos, trabajan incansablemente. Las trompas de Eustaquio estabilizan la presión. En los caracoles, el inédito so-

nido interpreta una angustiosa sintonía en las cuerdas de las membranas. Y por los nervios auditivos resuena la sintonía, siniestramente, hasta llegar a los grandes hemisferios.

Pero el cerebro, recurriendo a sus diez mil billones de elementos de información, es incapaz de interpretar el sonido.

El sonido que interrumpió el sueño, que paralizó el extraño aliento de lo onírico. La realidad interna navegaba por horizontes infinitos cuando la realidad externa conmovió al cerebro. El sonido es intermitente, se aleja. Los oídos intentan aprehenderlo, tenerlo prisionero. El cerebro podría así investigar, analizarlo. Pero el sonido desaparece.

Silencio.

Total silencio alrededor del cerebro. El sonido procedía de la derecha. Pero ya no está. Al cerebro sólo le queda lo negro. Lo negro que percibe al no percibir.

El cerebro se arriesga. Se atreve a moverse ligeramente, hacia la derecha. Una desconocida sensación le llega de la nuca. Es una sensación agradable. La identifica con algo blando.

Presiona.

La cabeza se hunde. La excitación creada en los órganos sensitivos llega a través de los nervios a la médula espinal y se propaga por ésta hasta el cerebro. Es como si algo acariciara su nuca.

Pero es incapaz de oler. Nada le llega de la región olfatoria. Aspira profundamente. Las moléculas de las materias volátiles penetran en la profundidad de la cavidad nasal. Las células transmiten sensaciones por el nervio. Pero en el laboratorio del cerebro no hay análisis positivo.

No huele, no hay olores. No hay olores conocidos. Pero sí hay olores desconocidos. Esto es lo que le ha confundido al cerebro. No hay olor de hierba, ni de agua, ni de tierra. Pero hay un olor penetrante, que entorpece su razonamiento.

Abre cuanto puede las fosas nasales y olfatea rápido. Quiere descubrir en lo negro la hierba, el agua, la tierra. Pero tan sólo reconoce entre lo irreconocible el olor penetrante.

La sensación que le ha llegado de la nuca la siente ahora por la espalda muy intensamente, en las yemas de los dedos.

El cerebro vuelve a aventurarse.

Las manos presionan, también se hunden, como la nuca. Las manos se van cerrando. Algo queda entre los dedos y las palmas. Algo que es suave; algo que se dobla y no se rompe; algo fino, semejante a una hoja de árbol. O más fino todavía.

El cerebro intenta situarse.

Notar el cuerpo que depende de él en el espacio. Las piernas, encogidas, le hacen suponer que se encuentra en horizontal. En vertical no podría mantenerse así.

En el cerebro se va formando un pensamiento. Un pensamiento que le estremece:

Puede estar como la gacela.

Puede que lo negro sea la muerte. Que la muerte sea tan sólo negro.

No obstante, aquel sonido, aquel olor penetrante, aquella sensación de algo blando, ¿son percibidos por la gacela muerta? ¿O son, como lo negro, connatural a la muerte?

Intenta recordar. Cierra los párpados.

Bebe a la orilla del río, junto a las gacelas. Bebe mientras los hipopótamos se remueven inquietos en el agua, mientras los elefantes se lavan en el cieno. De repente las gacelas se convierten en figuras hieráticas. Inmóviles, petrificadas. Un peligro le acecha, es inminente. Él imita a las gacelas.

Huele. Un extraño olor le llega de un grupo de árboles. No son árboles los que huelen así. Es algo que también está donde los árboles.

Las gacelas dan un salto. Muchos. El también corre, como las gacelas.

Un trueno le hace correr más velozmente. Ha sido un trueno distinto. Un trueno sin oscurecerse el cielo, sin rasgar el rayo la cúpula de la selva. Un trueno que ha provocado un escalofrío que le recorre todo el cuerpo.

Una gacela ha caído muerta junto a él. Fulminada. La mira con estupor. Sangra. Pero ningún león le ha dado muerte. Nada se abalanzó sobre ella. La gacela ha muerto por algo desconocido.

Corre desesperadamente, emitiendo gruñidos de rabia y de temor. Recuerda, con rencor, la gacela muerta. Pero no llora. No sabe llorar. Corre hasta que el cielo se metamorfosea. De azul a amarillo, de amarillo a rojo, de rojo a gris, de gris a negro. Pero un negro con sombras. Un negro con luz. La luz de aquellas llamas del cielo y de aquella bola blanca que algunas veces se oculta tras las nubes. La bola blanca que siempre había intentado coger con sus manos, subiendo hasta las cimas de los más altos árboles. Aquella bola blanca que también aparecía, con la noche, en la superficie de las aguas de los ríos. Pero que se desvanecía al querer tocarla o huía burlona en cuanto se acercaba a ella.

Cansado, sintiendo una fuerza explosiva en su pecho que le asfixiaba, sube a un árbol. No hay ninguna pantera negra ni ninguna agresiva familia de simios.

Se tiende en una gruesa rama y se duerme.

En el cerebro retumban infinidad de truenos como el que mató a la gacela.

Algo le sobresalta.

Ha sido el crujir de unas ramas. Sin darle tiempo a incorporarse, algo le rodea y le hace caer del árbol.

Aúlla como los lobos.

Siente un pinchazo en el brazo. La vista se le nubla.

Y despierta al oír el sonido extraño, al estar rodeado de lo negro. El cerebro resume. Unos animales le han dado

muerte. O uno de aquellos terroríficos truenos. Pero, si está como la gacela, ¿por qué siente?

Un sudor frío le empapa la frente.

El cerebro decide. Coordina todos sus centros, transmite órdenes. El cuerpo se incorpora, lentamente.

Ahora, la sensación de lo blando la siente en las nalgas. Le duele en el bajo vientre. Orina. Las gacelas muertas no orinan. Levanta los brazos. Nada ante él. Nada a su lado. Olfatea, mueve la cabeza, se pone de pie. En las plantas de los pies es donde únicamente siente lo blando.

Abre y cierra los párpados con rapidez. Pero siempre lo negro. No es la noche. Ni el día.

Pero hay una gota de luz. Una gota cerca de él. No podía verla tumbado, pero sí de pie.

El cerebro piensa que el cuerpo debe caminar. Y lo hace. Tropezada, cae al vacío. Pero es poca altura. El rostro se ha quedado al lado de la gota de luz. Esta vez la retina puede transmitir perfectas sensaciones al cerebro.

El cuerpo se incorpora, se traslada hacia donde parte aquel delgadísimo rayo de luz. Deja que le dé directamente en un ojo, después en otro. Con la luz llega la vida. Con la luz desaparece lo negro.

Choca violentamente con algo. Le duele la nariz. Algo duro, tan duro como los árboles, le ha impedido continuar su camino hacia la luz.

El dolor enfurece al cerebro. Y el cerebro manda destrozar.

El cuerpo se lanza con todas sus fuerzas contra lo que está ante él mientras emite rugidos de rabia. Las manos tiran hacia atrás y hacia adelante al tener entre ellas un objeto frío y más duro aún que lo que le detuvo. Algo se desgarrará, algo cede y el cuerpo sale impulsado hacia atrás. Pero, repentinamente, el cerebro capta todo un marco de luz.

El cuerpo se queda paralizado, sorprendido.

Lo negro ha desaparecido por completo. Todo es luz. Una luz que viene de enfrente, que ilumina el lugar.

El cuerpo se ve rodeado de objetos extraños, inéditos, irreconocibles, imposibles de comparar. Detrás de él, el más grande, donde estuvo en horizontal.

El cuerpo se abalanza ansioso hacia adelante, las manos rompen objetos invisibles y el aire le da en el rostro.

El cerebro se alborozaba.

Todas sus células quieren recibir aire y luz. Las retinas captan un cielo azul, con algún manchón blanco. Pero sin selva bajo él. Los árboles han sido sustituidos por indescribibles y curiosas formaciones.

El cuerpo da saltos.

Placer y temor. Gime. Mira hacia abajo. Es como si estuviera subido al árbol más alto de la selva. Para huir tendrá que exponerse a graves peligros.

Los ojos se detienen en las manos. Sangran.

El cerebro siente dolor. El cuerpo salta más, sobre sí mismo. Y grita desgarradoramente. Aúlla con un infinito rencor ante lo desconocido.

Vuelve el sonido que le despertó.

Se acerca adónde él se encuentra, pero no divisa a nadie. Retrocede, también de los pies le llega dolor. Algo tan transparente como el agua del río se le ha clavado en sus plantas.

De pronto, uno de los extraños objetos se abre.

Aparecen unos seres vestidos de blanco, como si fueran varias bolas blancas. Son animales que le atacarán. Unos animales jamás vistos, pero que tampoco le resultan totalmente desconocidos. Algo hay en ellos que le recuerda vagamente un pasado casi olvidado por completo. Aquellos animales también gimen y gritan:

—¡Se ha despertado el salvaje!

—¡Ha roto los cristales!

—Ha orinado la cama...

—Con prudencia; muere...

El cerebro los estudia rápidamente. Aquellos animales también tienen miedo. Intuyen que él les puede causar da-

ño. Han gemido. Han emitido unos sonidos que no puede comprender.

El cerebro ordena al cuerpo. El cuerpo se dobla. Las manos se crispan, los ojos se enrojecen, la boca se abre. Enseña los colmillos. Gruñe amenazadoramente.

—Pronto, está herido. Sangra por los pies y las manos...

El cuerpo retrocede más. Se agacha al máximo. Aúlla terriblemente. Está dispuesto a dar el gran salto sobre aquellos animales que piensan atacarle.

El cerebro pone en tensión al cuerpo.

El cuerpo sale catapultado. Y una de las manos, de largas y encorvadas uñas, rasga el blanco de uno de aquellos animales.

Tiene que seguir destruyendo.

EL GRAN VIAJE DE ULISES

Las enormes bocas de fuego del gigantesco pájaro lanzarían vientos engendrados por el dios mecánico que mora en las entrañas de los cohetes de propulsión.

Los vientos harían danzar enloquecidas a las milenarias arenas de la solitaria playa cercana a la base, encresparían sorprendiendo a los peces costeros las salvajes olas de un mar que se sentiría impotente para enfrentarse a aquella furiosa excitación que lo confundiría; quemarían las hierbas, calcinarían las flores y doblegarían los árboles, desnudos repentinamente, como si en un instante se reuniesen los otoños de todos los siglos.

Cuando las móviles agujas del tablero de la cuenta previa al lanzamiento llegasen a cero, se desprenderían del gran pájaro estructuras y puentes metálicos, tubos de abastecimiento y torres de servicio.

El titánico pájaro, de alas rutilantes, quedaría libre, dispuesto a emprender el vuelo.

Haciendo un esfuerzo supremo, brutal, emitiría un agudo sonido, siendo verano en sus motores, primavera en sus arterias, invierno en las frías y sudorosas manos responsables de los controles y mandos.

Tonelada tras tonelada de propelente sería consumida vorazmente por el gigantesco pájaro, mientras temblaría la tierra bajo sus mecánicas garras.

Se elevaría pesadamente, hasta que se desentumecieran por completo sus músculos, compuestos de las más complicadas aleaciones. Después, tras hendir la atmósfera,

burlándose de la gravedad, desaparecería en el siempre enigmático más allá.

La nave, símbolo de una mitología tecnológica, antes solamente conocida por las civilizaciones desaparecidas en tiempos pretéritos, cuando aún los dinosaurios no se arrastraban por las ciénagas, surcaría los infinitos y etéreos mares del universo hacia los absurdos imposibles del espacio, hacia los misterios de los relojes de un tiempo sin tiempo.

Rasgaría con su pico de animal cósmico órbitas invisibles, mecanismos secretos, esferas inmateriales y desconocidas, engranajes celestiales, sinfonías silenciosas, explosiones apagadas de la materia, uniones de átomos en busca de nuevas dimensiones, claustros de galaxias que tardarían millones de años en nacer. La nave cruzaría senderos sin fin, escenarios sobrecogedores, perspectivas hasta entonces completamente inéditas.

Allí, en el centro del cerebro del gran pájaro, observando el universo a través de los descomunales ojos, rodeado de computadoras y mandos automáticos, dentro de una escafandra de catorce trajes superpuestos, unido a los hijos de la tecnología por infinidad de cordones umbilicales, iría él.

Se le podría confundir con las máquinas, con los objetos. Daría la sensación de ser una cosa más, algo que se movía mecánicamente, sin conciencia de lo que hacía, sirviendo sin saberlo a quienes se habían quedado a miles y miles de kilómetros atrás, en un pequeño planeta que gira alrededor de un pequeño sol en un lugar apartado de una galaxia.

Pero, era un hombre. Un ser dispuesto a enfrentarse con su destino, de un modo absolutamente consciente.

Sonrió ante estos pensamientos. Encendió uno de los últimos cigarrillos que fumaría, recreándose en hacerlo, como si fuera un rito. Pasó con suavidad la yema del pulgar por la superficie del encendedor electrónico y lentamente acercó la llama a la punta del cigarrillo. Aspiró el humo con

delectación, mientras las persianas de sus ojos se cerraban en un gesto de placer, y después formó una voluta que rápidamente sería absorbida por algún tubo de los sistemas de descontaminación.

Prosiguió caminando. Sin darse cuenta, se había detenido. Por unos instantes, creyó ya estar viviendo lo que no tardaría en ser realidad. Premiosos pasos, como si deseara caminar para siempre.

Estaba seguro de que, de saber sus superiores la dirección tomada, la que llevaba a las ruinas de la antigua ciudad, dudarían en seguir confiando en él para la misión que le encomendaron. En cambio, sí estaba dispuesto a cumplirla, con el mismo interés que demostrara en anteriores ocasiones. Lo más probable, de ser descubierto por aquella avenida, era su internado en un centro médico espacial para someterle a un riguroso examen psicológico. Con certeza, dejarían aplazada la misión, aunque ello significaba una casi irreparable pérdida económica. Pero, no podían correr el riesgo de enviar al cosmos a un hombre que, a última hora, daba pruebas de no haber superado por completo los tests mentales. Durante cinco años, años llenos de abnegación, los había ido superando con la única finalidad de llevar a cabo aquel viaje de un significado y una importancia no sólo científica.

Tendrían que retrasar el programa cinco años, los necesarios para que otro hombre pudiera reemplazarle. Además de este grave trastorno, mantener la nave en el estado actual durante ese tiempo sería prácticamente imposible y los gastos alcanzarían cifras asombrosas, cifras ante las que no pocos organizadores se volverían atrás.

Comprendía que su conducta era motivo de alarmantes sospechas, pero confiaba en no ser descubierto.

Le era vital aquel deambular por la gran urbe, aquel ir hasta las ruinas de la antigua ciudad. Necesitaba, antes de emprender el vuelo, volver a los restos de un pasado y re-

tomar, acompañado de sus recuerdos, a un tiempo ya perdido para siempre.

La avenida que conducía a las ruinas de la antigua ciudad, simbólico monumento a un pasado que el hombre había logrado superar gracias a sus conocimientos científicos y tecnológicos, estaba solitaria. Tan sólo algún vehículo la cruzaba a vertiginosa velocidad para después desviarse hacia la zona de recreo. También eran pocas las personas que, subidas a las aceras transportadoras, sentadas en cómodas sillas fibroplásticas, o simplemente de pie, la transitaban sin ninguna curiosidad, con el único deseo de llegar pronto a sus habitáculos.

Él era el único hombre que caminaba utilizando el más primitivo y abandonado de los métodos: los pies. Hubo un joven que, al pasar a su lado en una de las aceras transportadoras, le observó con atención, dibujando en su rostro una compasiva sonrisa. Debió juzgarlo como un hombre que había perdido la razón, pues no consideraba cosa más inútil que gastar las energías caminando con los pies.

En los centros de las avenidas existían unas amplias aberturas por las que salía el aire climatizado, manteniendo a la ciudad a una temperatura agradable, siempre constante. La urbe, totalmente cubierta por una gigantesca cúpula transparente que la aislaba de toda posible contaminación, estaba iluminada por millones de focos suspendidos de la bóveda. Fuera de la ciudad, a varios kilómetros, se hallaban las zonas industriales, de las que se encargaban por turnos un número reducido de personas, ya que el trabajo estaba a cargo, en general, de computadoras y obreros mecánicos.

El hombre cruzó una plaza totalmente ajardinada. Las zonas verdes eran obligatorias para las ciudades, debiendo contar con una cada dos kilómetros de avenida. El hombre, rodeado de flores exóticas, sonrió nostálgico. Lo único que allí faltaba, a aquellas horas de la noche, eran unos amantes amparados por la complicidad de las frondas. Pero, eso

no significaba que hubieran desaparecido los sentimientos y que la sociedad se volviera fría y calculadora, como la tecnología que había creado, sino que la forma de vivir era distinta.

La humanidad había comenzado a existir en aquel devenir vaticinado unas décadas antes. Entró en el futuro, en aquél ya presente en el que se pusieran tantas esperanzas. Todavía se hallaba en el principio, pero ya era mucho lo logrado en poco tiempo. El láser había revolucionado los sistemas de comunicaciones, los observatorios astronómicos instalados en la Luna permitían un más exacto conocimiento del Universo, los aviones de despegue vertical resolvían el problema de los espacios dedicados a los aeropuertos, diversos medios electrónicos suprimían el dolor físico y los avances médicos permitían la modificación del sexo antes del nacimiento y la implantación de órganos artificiales o supletorios, la instalación de estaciones girando alrededor de la Tierra servía para un mejor conocimiento del planeta. Todos esos adelantos, más otros como el de no verse obligados a utilizar dinero ni cheques, o la pantalla de televisión de tres dimensiones, iban logrando que la humanidad viviera confortablemente y de muy distinta manera a como lo hacía en siglos pasados. Estaban en el umbral de un futuro en el que, aparte de los viajes a otros planetas y la posibilidad de colonización de los mismos, se abrían unas perspectivas apenas intuidas en épocas anteriores. Ellas transformarían por completo la vida del hombre, como el control químico del envejecimiento. No obstante, la humanidad seguía, en el fondo, con las mismas o idénticas virtudes y defectos.

En diversas partes del planeta se celebraban contiendas bélicas, guerras casi todas debidas a intereses económicos. Aunque no resultaba necesario emplear tanto contingente humano como en tiempos pasados, debido a la preferente utilización en los combates de armas automáticas y dirigidas por ordenadores, al final había que contar también con